

Comunicación e integración en América Latina

HERNAN ALVEZ CATALAN

PRESENTACION

El presente trabajo apunta hacia el mismo objetivo que nos reúne para dialogar sobre la comunicación e integración en América Latina. Es decir, está escrito con el mismo sentido que nos concita y la razón que lo inspira tiene, a lo menos, tres fundamentos importantes. El primero es que se refiere a una situación que estimamos imperfecta (la integración). El segundo es que se origina en el supuesto de que quienes lo lean o escuchen pueden ayudar a mejorar esta situación precaria, por lo que tiene esa función potencial que le confiere valor en la medida en que se comparte con otras personas (comunicación). El tercer aspecto es la existencia de una meta común, una nueva situación deseable, a la que nos encaminamos mediante el diálogo y la acción solidaria (cambio). Creo que esas mismas son las motivaciones sustantivas de este encuentro latinoamericanista que aspira a sumar nuestras voluntades en pro de un hermoso propósito.

Por ello es que, en lo formal, el trabajo está dividido en una Primera Parte en la que se hace un breve análisis sobre el movimiento de integración en América Latina. En la Segunda

Parte se plantea una alternativa global para responder a la necesidad de enriquecer la idea integracionista desde el punto de vista de la Comunicación Social. En la Tercera Parte y última, se sugieren mecanismos operativos para llevar a la práctica los planteamientos anteriores.*

San José, Costa Rica, junio de 1977.

PRIMERA PARTE

INTEGRACION, COOPERACION Y DESARROLLO

Siguiendo el viejo método aristotélico de definiciones ab initio, diremos que el término integración tiene significados específicos diferentes en distintas ramas del saber. Así, "en matemáticas es el proceso en cuyo límite se determina el valor de una magnitud como suma de partes infinitesimales consideradas en número siempre creciente. En biología significa el grado de solidaridad o unidad entre las diferentes partes de un organismo, esto es, el nivel en que tales partes dependen una de otra. De modo análogo, en psicología significa el grado de unidad o desorganización de la personalidad y en sociología, el grado de organización de un grupo social".¹

El sabio inglés Heriberto Spencer vio en la integración, en 1862, una de las características fundamentales de la evolución cósmica. Si bien su planteamiento surgía a partir de observaciones relacionadas con la biología, los términos en que hizo su afirmación son universales. (Por lo demás, los modelos biológicos

* Trabajo presentado en el Seminario de Integración organizado por la Fundación Friedrich Ebert de Alemania Federal; el Centro de Estudios Superiores de la Comunicación para América Latina (CIESPAL), con sede en Quito, Ecuador; y el Centro de Estudios Democráticos para América Latina, con sede en San José, Costa Rica. En estas jornadas se reunieron expertos en comunicación y funcionarios de organismos de integración, además de la ONU, la OEA, CEPAL y de la Comunidad Económica Europea, CEE.

¹Nicola Abbagnano: *Diccionario de Filosofía*, pág. 691. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

han sido extensamente aprovechados por las ciencias sociales a lo largo de su desenvolvimiento). Spencer sostiene que "la integración es el paso de un estado indiferenciado, amorfo e indistinto, a un estado diferenciado, formado y unificado"².

Vemos, pues, que en todos los casos la acción de integrar se asimila a unir, solidarizar; a cambiar una realidad desorganizada en otra ordenada, con claras relaciones de interdependencia. Queda por ver más adelante cómo ha operado en Latinoamérica tal concepción.

El término cooperación designa un proceso que consiste en trabajar conjuntamente para alcanzar metas mutuamente aceptables. Gran parte de lo que realizamos como individuos y como grupos depende de nuestra capacidad para hacer que los demás colaboren en las tareas comunes y en la consecución de objetivos compartidos³. La definición es válida para todos los niveles del funcionamiento en grupo, independientemente de si éste está centralizado o no, o de si se ocupa de problemas sencillos o complejos. No es necesario que los grupos que cooperan tengan idénticos objetivos, pero su logro debe proporcionar satisfacción a todas las partes interesadas.

Cuando la cooperación se plantea en situaciones relacionadas con la solución de problemas con un alto grado de ambigüedad, en que los elementos imprescindibles abundan, se suelen producir, de hecho, pugnas entre conductas cooperativas y competitivas. En realidad, no siempre resulta fácil elegir derroteros adecuados cuando las relaciones entre personas, así como entre países, presentan a lo menos tres alternativas: acercarnos, permanecer indiferentes o alejarnos yendo unos contra otros. Esta última opción es directamente proporcional a la creencia bastante generalizada de que el éxito de unos sólo puede alcanzarse a expensas de los otros y ha sido uno de los errores gruesos del pasado y aún del presente, no sólo porque los países latinoamericanos han creído en esta falacia, sino porque con frecuencia hablan de cooperación como sinónimo de obediencia y/o sumisión a unas determinadas pautas que se impondrán desde fuera. Investigadores como el antropólogo George M. Foster (1967) han observado que esta concepción desarrolla un papel

²Herbert Spencer: "First Principles", pág. 94 (citado por Abbagnano).

³Henry Clay Lindgren: "Introducción a la Psicología Social", pág. 287. Editorial Trillas, México, 1973.

importante en los sistemas de valores y creencias de las culturas agrarias de todo el mundo⁴, pero también tiene arraigo en las sociedades urbanizadas e industrializadas, particularmente en los miembros de las clases inferiores.

Sin embargo, como lo ha venido a demostrar la moderna ciencia económica, cooperación y competencia no son, en lo sustancial, modalidades opuestas. Por el contrario, si los objetivos que se persiguen y los medios con que se cuenta están claramente definidos, resultan mecanismos complementarios. Mientras la cooperación es un principio revestido de una considerable significación ética, la competencia es un instrumento que ayuda a la eficacia. Aunque no podemos detenernos en un análisis más detallado del tema, mencionaremos aquí la importancia que tiene el clima de dirección cuando se emprenden tareas cooperativas. Es básico un clima democrático de dirección, en que las decisiones se adopten por presión social resultante del consenso, antes que por modalidades autocráticas, indiferentes o paternalistas. En el curso de nuestra exposición tendremos oportunidad de volver sobre este tópico, aplicado a la realidad de los pueblos de América Latina en particular.

Una Imagen Viable.

La integración nos lleva hacia la realización de una imagen de desarrollo. Queremos puntualizar brevemente a qué nos referimos con esta afirmación. En su concepción teórica resumida y actual, "desarrollo es el movimiento hacia lo mejor"⁵. Aunque cuando esta noción tiene su precedente en el concepto aristotélico del movimiento como paso de la potencia al acto o explicación de lo implícito, su significado presente, optimista, lo hemos heredado de la filosofía del siglo XIX y lo concebimos estrechamente ligado al progreso, entendido este último como la creencia de que, en la historia, los hechos realizan una perfección creciente. Además, hoy se aplica a todos los aspectos de la realidad. En nuestro caso, utilizamos el término "imagen de desarrollo" para significar un modelo futuro en que las potencialidades de un grupo de pueblos se hayan desenvuelto hasta

⁴Henry Lindgren: Obra "Introducción a la Psicología", pág. 288. Editorial Trillas, México, 1973.

⁵Nicola Abbagnano: obra citada, pág. 306.

constituir una realidad mejor, aunque siempre relativa, merced al cambio de que hemos venido hablando, el que se expresa globalmente en una movilización constante de recursos humanos y materiales.

Estamos convencidos de que la integración y la cooperación son políticamente viables en Latinoamérica. La viabilidad política puede traducirse como un conjunto de acciones posibles, cuyas repercusiones en el cuerpo social desatarán aceptación, duda o rechazo hacia quienes hayan decidido emprenderlas. Estas reacciones eventuales pueden presentar el riesgo de influir en alteraciones de la situación de poder en un país determinado, consecuencias que deben estar dispuestos a afrontar los mandatarios que hayan tomado las decisiones respecto a la ejecución de uno o más planes dados. Creemos que el proceso de difusión que se ha operado en términos integracionistas a partir de 1960, ha condicionado una serie de mecanismos que confieren dicha viabilidad al proceso. Más todavía, los últimos tres lustros han repercutido en la región delineando los primeros trazos de pueblos con "personalidad móvil", en oposición a naciones estáticas ante la posibilidad de innovación. En otras palabras, los países latinoamericanos están motivados actualmente para aceptar en mayor grado el desafío de cambio que demanda la integración y la cooperación concebidas como imágenes reales de desarrollo. No ocurre en la totalidad de los países, pero hay una mayoría que, en distintos grados, ha percibido el proceso en su sentido profundo.

Las Relaciones Interamericanas.

Europa primero y Estados Unidos después, han sido los horizontes hacia los cuales miró América Latina a través de su historia. De allí se extrajeron los modelos para el desenvolvimiento inicial y se obtuvo una parte de los recursos necesarios para intentar el desarrollo económico.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha sido la fuente principal de recursos financieros a través de programas públicos —Alianza para el Progreso— y mediante la inversión privada. Hasta 1970, el total acumulativo de la participación norteamericana en la región había alcanzado a cerca de quince mil millones de dólares. Los pueblos latinoamericanos no sólo buscaron capitales en Estados Unidos; imitaron, además,

corrientes culturales determinadas; trataron de lograr, sin mucho éxito, la transferencia de tecnologías y actuaron como aliado seguro —“patio trasero”— de ese país en la política internacional. “La interacción entre los países de América Latina individualmente considerados y Estados Unidos ha sido sumamente elevada, aunque la interacción bilateral y multilateral ha sido escasa hasta hace poco”⁶.

A fines de la década del 50 y a comienzos del 60, se replantea la necesidad de una “conciencia latinoamericana”. Aunque el punto no era nuevo, tenía de original la constatación inquietante de que había dependencia creciente de Estados Unidos, junto a un deterioro del clima de desarrollo. Algunas revelaciones en el sentido de que la Alianza para el Progreso había proporcionado, en ciertos casos, más beneficios relativos a algunas empresas multinacionales norteamericanas que a organizaciones de la región, ayudaron decisivamente en esta toma de conciencia. Otros factores desencadenantes de la inquietud fueron el endeudamiento exagerado y el temor de que las inversiones subsidiarias de compañías estadounidenses llegaran a convertirse en amenaza para el desarrollo autónomo. En 1968, por ejemplo, el 40 por ciento de los artículos manufacturados en la región ese año era canalizado por consorcios norteamericanos⁷.

En forma paralela se advertía la pérdida del entusiasmo, de parte de los países industrializados, por invertir en las naciones subdesarrolladas. Los capitales se canalizaban hacia Canadá o Europa Occidental.

El deseo de interacción volvió con mayor fuerza que en el pasado y revestido de un carácter distinto, pues se basó en procesos regionales que establecieron normas concretas de acción. Muchas ideas barajadas en esta toma de conciencia habían madurado en la reflexión constante de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), organismo de las Naciones Unidas que realizaba un valioso aporte desde el momento mismo de su creación, en marzo de 1948. Lo que los países latinoamericanos buscaban fundamentalmente, era una estrategia para reducir su dependencia externa, en especial de Estados Unidos.

⁶Weston H. Agor: Artículo en revista “Problemas Internacionales”, citando a Per Olay Reinton, 1972.

⁷Raymond Vernon: “La Soberanía Acorralada”, pág. 102 Basic Books. Nueva York, 1971.

A partir de estas premisas se originaron movimientos de opinión cada vez más coordinados que desembocaron en nuevos acuerdos centrados en el comercio y la formación de mercados infraestructurales. Así nació la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, en febrero de 1960; el Mercado Común Centroamericano, el Tratado General de Integración Económica Centroamericana, el Grupo Subregional Andino y el Proyecto de la Cuenca del Plata. En forma simultánea se fortalecía el convencimiento de que era preciso adoptar una política exterior, proposición formalmente planteada por primera vez en 1962 ante el Comité Interamericano Económico y Social (CIES), en México. La idea cristalizó en febrero de 1964, durante la reunión realizada en la localidad argentina de Altagracia, donde se creó el Comité Especial Coordinador Latinoamericano (CECLA). El objetivo de esta entidad era constituirse en un foro latinoamericano autónomo para discutir cuestiones de tarifas y comercio. Al mismo tiempo, debía señalar caminos de acción para las negociaciones con Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea y otras potencias. Esta finalidad inicial se enriqueció paulatinamente y el CECLA pasó a convertirse en un instrumento para pulsar la voz de la región, como quedó claramente establecido en el llamado "Consenso de Viña del Mar" y en el "Manifiesto de América Latina". Ambos documentos fueron elaborados en los meses de agosto y septiembre de 1969. Los planteamientos expresados allí reflejaban una unidad de propósitos nunca antes alcanzada.

En el campo más amplio de las Naciones Unidas, las ponencias comunes llegaron a institucionalizarse al actuar como "bloque latinoamericano". Este signo de unidad política hacia el exterior ha sido un elemento favorable, porque ha contribuido a la cohesión sicológica indispensable para reforzar la cooperación intrarregional.

En el aspecto social y cultural se ha producido, en los últimos diez años, un avance relativo extraordinario, aunque sin estructuración óptima. Programas educativos que han comenzado por formar especialistas en el propio campo de la política de integración, son impulsados por la OEA, el Banco Interamericano de Desarrollo y otros institutos y asociaciones creadas al calor de la cooperación más estrecha. Acuerdos bilaterales y multilaterales abarcan cada vez nuevas áreas.

Un Sistema Latinoamericano.

En el aspecto estrictamente económico, los países de América Latina decidieron constituir, a comienzos de agosto de 1975, un nuevo organismo regional, el Sistema Económico Latinoamericano (SELA). Los representantes de 25 naciones, reunidos en Panamá, adoptaron esta resolución al cabo de 40 horas de debates, consultas y deliberaciones. La entidad, en la que no participa Estados Unidos, es muy similar al CECLA. La diferencia entre ambos organismos podría establecerse en el propósito que han declarado los impulsores del SELA, en el sentido de que, por ahora al menos, haya un mínimo de compromiso político en su acción. El objetivo esencial del organismo, definido por sus promotores iniciales, los Presidentes de México y Venezuela, es contar con un mecanismo de consulta y cooperación funcional en la región.

El SELA debería convertirse, por tanto, en un foro para defender las materias primas que se producen en la región y en un instrumento para formar empresas multinacionales latinoamericanas. En el desempeño de tareas específicas debería jugar un papel fundamental en la búsqueda de protección adecuada ante acciones de terceros países que pudieran lesionar los intereses de sus miembros. También se le ha asignado un rol en los esfuerzos por lograr una tasa sostenida de crecimiento, en la disminución progresiva de la dependencia externa, en la lucha contra las presiones inflacionarias y en la estabilización de las balanzas de pagos. Aunque algunas delegaciones asistentes a la reunión de Panamá hicieron objeciones en el sentido de que se corría el riesgo de crear un organismo burocrático más, al final la iniciativa fue refrendada por unanimidad. Para tranquilidad de quienes señalaron que el SELA podía convertirse en una tribuna tercermundista proclive al encasillamiento ideológico, hubo de aclararse que no persigue propósitos agresivos ni de enfrentamiento con ningún grupo o país; solamente anhela una mayor cooperación en el vasto territorio geográfico que va desde el sur del río Bravo hasta Tierra del Fuego.

El SELA, con objetivos ambiciosos, necesita una organización dinámica y eficaz para que no perezca asfixiado por la burocracia o los intereses extraños. Este punto es esencial que se comprenda y se aplique en la realidad contingente, porque estamos de nuevo ante el desafío de convertir las potencias en actos

y resta por ver si hemos aprendido acerca de cómo encarar estos problemas funcionales.

Hay que mencionar aquí los resabios del pasado y las suspicacias que se advierten al nivel de la interacción política, en casi todos los esfuerzos de cooperación e integración. Junto a las corrientes de apertura suelen manifestarse, muy a menudo, signos retardatarios cifrados en términos económicos, ideológicos, militares o de simple ambición de liderazgo. Estas tendencias reaccionarias en el más estricto sentido de la palabra —en cuanto aspiración a traer el pasado al presente— están en contradicción flagrante con el espíritu del proceso en marcha, como es fácil de entender. Los dirigentes de los pueblos latinoamericanos tienen que comprender este hecho elemental y esforzarse por aceptar la diversidad cultural y el pluralismo como acerbo impulsor y no como obstáculo contra el que se van a estrellar las esperanzas más hermosas y las ambiciones más justas de los pueblos de Latinoamérica. Para repetir, hay que convencerse de que cooperación no es sumisión y obediencia sino consenso y búsqueda de objetivos mutuamente compartidos y que integración es pasar del estado amorfo a la realidad ordenada, unificada, solidaria.

Nuestro Modelo de Subdesarrollo.

La integración y la cooperación para el desarrollo de Latinoamérica presentan en el factor económico un buen punto de partida. Más bien es la base indispensable para proyectarse hacia otros ámbitos del proceso. Pero el éxito de la integración económica depende de la articulación de otros mecanismos que condicionan también la viabilidad política, que es la meta final de la empresa común. Por esta misma razón, resulta estéril interrogarse acerca de si la integración es un movimiento político o si es económico, disquisición en que algunos analistas tienden a detenerse.

Ahora bien, si se han realizado numerosos esfuerzos por despegar y los resultados han sido más modestos que las metas propuestas, queda por ver dónde residen las trabas principales a este proceso.

¿Cuáles son, entonces, los obstáculos fundamentales que retardan el desarrollo económico de América Latina?

El profesor de la Universidad de Harvard, Estados Unidos, John Kenneth Galbraith, ex asesor del desaparecido Presidente de ese país John Kennedy, señala al postular modelos de naciones en desarrollo*:

“La gran masa del pueblo en estos países es muy pobre. Pero en la mayoría de ellos existe una minoría de gente acaudalada. Y, asociada a esa minoría, existe un número considerable de personas que poseen diversas aptitudes y capacidades: abogados, médicos, ingenieros, científicos, economistas y administradores... y detrás de ese grupo se encuentra un sistema educacional limitado, antidemocrático y, por lo demás, imperfecto. Pero, a pesar de todo, siempre substancioso. Esos países tienen un personal capacitado y educado, así como también facilidades para su reposición que están muy por encima de los que prevalecen en los nuevos estados africanos. La carencia de personal capacitado y educado no es, pues, la principal barrera para el desarrollo.

“La barrera que más salta a la vista consiste en la estructura social. *La elite*, si bien es cierto que es de proporciones considerables, depende para su posición económica y social de la tenencia de la tierra o del papel de *comprador* en un puerto o en la ciudad capital, o de un empleo o sinecura del gobierno o de una posición en las Fuerzas Armadas. El trabajador rural, o bien conquista el derecho a laborar en una pequeña parcela la tierra, en la que reside, o bien se convierte en el hombre que cultiva una pequeña parcela sobre la cual adquiere cierta forma de tenencia permanente. En cualquiera de los casos, no se le ofrece ningún incentivo económico eficaz. En conciencia, le rinde al terrateniente el servicio mínimo que le dará el derecho de cultivar su propio lote.

“El terrateniente, desde el momento en que dispone de una mano de obra que carece de incentivo, no es mucho lo que puede hacer para aumentar la producción. Es frecuente que re-

* Galbraith se refiere a tres modelos:

- I Modelo del Sub Sahara, en que la barrera principal para el desarrollo consiste en la carencia de una cantidad suficiente de técnicos, directores y administradores capacitados.
- II Modelo Latinoamericano.
- III Modelo de Asia del Sur, en que los obstáculos fundamentales se encuentran en la gran desproporción de los factores de producción, principalmente por la presión demográfica.

sida en la ciudad capital y que no haga ningún esfuerzo. En lugar de la renta proveniente de una superficie pequeña cultivada con eficiencia, se contenta con la de una superficie extensa cultivada con ineficiencia.

“El ingreso que proviene de un cargo gubernamental o de las Fuerzas Armadas, también está fuera de relación con el adelanto económico. Depende, antes bien, de la distribución del poder y ello conduce a una mayor probabilidad de que se produzca una lucha por la división del poder. La agricultura feudal puede sobrevivir a un gobierno inestable o voraz. La industria moderna es mucho más vulnerable. Y así es como la inestabilidad del gobierno y su empleo como fuente de ingresos personales llega a tener un mayor efecto adverso sobre los incentivos industriales.

“En este modelo, el problema radica en que muchos de los demandantes: terratenientes, funcionarios gubernamentales, pensionados y miembros de las Fuerzas Armadas, no rinden ningún servicio en el aspecto económico. Y resulta que el hombre de negocios que obtiene los mayores beneficios no es el que presta los mayores servicios, sino aquel cuya posición política o concesión le otorga el monopolio más seguro. El ingreso que se encuentra tan distanciado de una función económica puede llamarse ingreso no funcional”⁸.

En esta extensa cita tenemos de nuevo la presencia del problema funcional. El término función o el adjetivo funcional se emplean tal como lo expresara Emilio Durkheim, es decir, entendidos como la relación entre una institución y las necesidades de un organismo social; como la actividad por la que una institución contribuye al mantenimiento de una continuidad estructural.

Escapa al ámbito de este enfoque la búsqueda de causales históricas que han influido en la generación de estos obstáculos.

En todo caso queda claro el planteamiento en el sentido de que las dificultades globales reflejan situaciones anómalas y que el cambio general exige innovaciones al nivel interno de cada país. En este sentido, los esfuerzos conjuntos de los pueblos latinoamericanos actúan como elemento movilizador al interior de cada nación, no ya como motivación para obtener un bene-

⁸John Kenneth Galbraith: “Tres modelos de naciones en desarrollo”, revista Facetas, volumen uno, número uno, págs. 6 y 7.

ficio aislado —préstamos para un proyecto específico o postura favorable para acceder al poder—, sino que repercuten en múltiples actividades estatales, económicas y sociales.

El Freno Burocrático.

Un análisis breve relacionado con el diagnóstico del profesor Galbraith nos lleva a afirmar que en el plano estatal la característica más evidente de las anomalías entre los países latinoamericanos es la burocracia. Las modernas sociedades urbanas requieren de un aparato organizado para cumplir con eficiencia los objetivos del Estado que consisten, en lo esencial, en hacer funcionar la sociedad en su complejidad múltiple. Sin embargo, esta herramienta necesaria para la acción estatal ha generado modos típicos de surgir y expandirse y en vez de ayudar a la eficacia en el cumplimiento de los deberes del Estado, los entraba por exceso de trámites, controles administrativos o frondosidad funcionaria, convirtiéndose así en un fin en sí misma y no en un medio de que el Estado dispone para hacer funcionar la sociedad.

En el plano económico puro, la búsqueda del lucro no productivo llega a convertirse en un derecho adquirido a la ganancia inmediata y fácil⁹. El empresario latinoamericano no ha buscado establecer un mercado fluido con movilidad constante de capital y trabajo para lograr un progreso técnico económico, sino que ha utilizado criterios de especulación antes que motivaciones técnicas a largo plazo. Felizmente hay signos recientes de que esa situación tiende a cambiar.

La convicción generalizada de los derechos adquiridos no sólo se manifiesta en el sector empresarial, se advierte en el plano social total al que se asimila la burocracia estatal, por extensión lógica. Si a ello se agrega la educación política demagógica que durante mucho tiempo ha ofrecido todos los derechos y no ha señalado claramente los deberes a las grandes masas populares, puede entenderse la tendencia a institucionalizar derechos adquiridos, cuestión que se transforma en escollo formidable a cualquier iniciativa que tienda a cambiar ese equilibrio disfuncional dentro de los países y, como secuela, en las organizaciones regionales.

⁹Franz Hinkelammert: "El Subdesarrollo latinoamericano", pág. 73 Edic. Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile, 1970.

Al tomar conciencia de las condiciones que exigen la cooperación y la integración, los países advierten la urgencia de investigar, planificar, ejecutar y evaluar acciones en los sectores agrario, industrial y de infraestructura. Más todavía, se detectan problemas de participación popular, comunicación, población, mercados, etc. Todos ellos presentan desafíos adicionales que obligan a aplicar criterios nuevos. Ante tal magnitud de necesidades suele aumentar el "índice de exasperación", al no poder convertir las potencias en actos, con repercusiones en las estructuras del poder político, cuyo manejo actual en Latinoamérica es por demás ilustrativo. Es por esto mismo que el desarrollo latinoamericano demanda, además del desenvolvimiento de los recursos humanos y materiales, de una gran cuota de fe y decisión para avanzar.

No creemos, pues, en la peligrosa teoría que se gesta en algunos círculos menores y que plantea como prerrequisito para la integración regional el logro de una integración nacional. Por muchas razones, la mayoría de ellas elementales, esta tesis resulta retardataria porque denota una mezcla de temores —sobre la que ya hay experiencia—, conformismo y, en lo económico, postula una inclinación obsoleta al pequeño mercado.

Para el caso sirve repetir el lugar común de que no hay fórmulas mágicas para alcanzar el desarrollo. Sólo el esfuerzo paciente para reemplazar la retórica por los actos puede dar los frutos que todos esperamos de la cooperación y la integración como realidad latinoamericana.

Diecisiete Años de Experiencia.

La cooperación y la integración, para pasar de la pura posibilidad de la potencia al acto, implican una difusión, una tensión y una innovación constantes para superar los obstáculos que aparecen en el orden político, económico, social y cultural. Además, este proceso ofrece una imagen de desarrollo y tiene viabilidad política en Latinoamérica.

A pesar del viejo empeño regional en el sentido de convertir estos postulados en hechos de vida en la forma más rápida posible, el avance ha sido lento, por razones de la más variada índole. Nos encontramos, entonces, con que, conociendo partes importantes del diagnóstico de la afección, no disponemos del

medicamento eficaz, que para el caso llamamos voluntad colectiva, para aplicarlo en la dosis requerida.

La situación anterior arranca en parte del hecho de que apenas hace dos lustros que Latinoamérica se decide a actuar. Hace no más de diez años que un sector con capacidad de decisión vino a poner en marcha aquel viejo principio que muchos cristianos y estoicos ya planteaban en la más remota antigüedad: que el destino del hombre es solidario en el más estricto sentido del término. Antes sólo hubo abundante literatura sobre el tema de la cooperación y la unidad porque, imbuidos de un mecanicismo progresista, no atinábamos a comprender el rol que estos conceptos podían desempeñar en el futuro. Entonces, carecía de interés el buscar cómo podía irse de los dichos a los hechos. Una visión estrecha del mundo, que reflejaba unos valores determinados, se impuso entre suspicacias alentadas por las grandes potencias que después de la dominación colonial habían descubierto modos más sutiles para mantener su influencia sobre los pueblos de América Latina. Del imperialismo extractivo ejercido sobre las riquezas naturales, los grandes países evolucionaron hacia la penetración estructural, apoyados, en la mayoría de los casos, en el superior dominio que habían logrado sobre la ciencia y la técnica en todos sus ámbitos.

No se trata aquí de recurrir al expediente común de culpar a terceros por lo que nosotros mismos no hemos podido realizar. Es efectivo que faltó a Latinoamérica un conjunto de ideas vivas, sentidas en lo más hondo y los latinoamericanos no supieron distinguir las exigencias de mayor significado —fenómeno que hoy ocurre todavía, aunque en menor grado— de aquéllas secundarias.

Fue necesario que amenazas externas llegaran hasta nuestra propia puerta para actuar. Una serie de hechos negativos, entre los que se contaba una aguda recesión del comercio entre los países latinoamericanos, obligó a adoptar estrategias para cambiar el bilateralismo que había logrado gran auge como consecuencia de otra crisis, de 1929-33. Los expertos de la CEPAL recomendaban, desde la década del 50, mecanismos para hacer expedito el comercio intrarregional. Nacían así unas ideas resumidas de un planteamiento más concreto que todos los escuchados, desde 1826, en Panamá: la integración. Pero lo más importante era que éstas eran, ahora, "ideas vivas", revestidas de esos atributos especiales de que habla el lúcido pensador español

José Ortega y Gasset, cuando expresa que "el hombre vive siempre desde unas ideas determinadas, que constituyen el suelo donde apoya su existencia. Esas que llamó ideas vivas o de qué se vive son el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos; sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuáles son más estimables, cuáles menos. La casi totalidad de esas ideas o convicciones no se las fabrica robinsonescamente el individuo, sino que las recibe de su medio histórico, de su tiempo"¹⁰.

Han transcurrido diecisiete años decisivos desde que se institucionalizó un instrumento que facilitaría el camino que va desde la cooperación económica a la integración global. Los obstáculos han sido y son numerosos, difíciles. En seguida proponemos algunas ideas que pueden ayudar a remover estas dificultades, desde el punto de vista de la comunicación social.

SEGUNDA PARTE

FILOSOFIA INTEGRACIONISTA: UN ESFUERZO DE COMUNICACION

La proyección de nuestros razonamientos nos lleva a afirmar que vivimos una crisis funcional que nos sitúa en un período de transición a escala global. Toda transición implica tránsito de una situación a otra y es este advenimiento próximo en el que tenemos fe, sobre todo porque se refuerza un bien que ha sido tradicionalmente escaso en nuestras sociedades: la solidaridad surgida ante la certeza de que el viejo principio del destino común del hombre se hace imperativo.

América Latina en particular enfrenta el desafío de un formidable cambio implícito en la búsqueda de nuevas formas de cooperación y en la modalidad concreta de la integración. Diecisiete años de experiencia han traído consigo un valioso caudal de enseñanzas, que se hacen más significativas a la luz

¹⁰José Ortega y Gasset: "Misión de la Universidad", pág. 57. Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1965.

de los acontecimientos mundiales en curso, de los que participa irremediablemente, quiéralo o no, la región. En este cambio latinoamericano se ha operado un proceso de difusión, se han generado tensiones consecuentes y hay innovaciones de real valía. Pero la aceleración de la historia obliga a replantear en forma permanente la necesidad de construir esa voluntad colectiva hoy imperfecta y débil, para desarrollar una doctrina adecuada al desafío de la integración.

En la actualidad subsisten problemas de envergadura en el proceso de cooperación, de integración latinoamericana. Como todo obstáculo exige un determinado volumen de capacidad para removerlo, es esa cuota la que hay que copar más temprano que tarde. No podemos hacernos ilusiones acerca de plazos específicos. Toda gran doctrina ha tardado muchos años en desenvolverse plenamente. No obstante, tampoco hay que abandonar a la inercia la marcha de un proceso que requiere de alimentación constante para cambiar mentalidades y crear instituciones estables, cuyo tiempo y espacio son mucho más vastos que los aplicables a una persona o a una generación de ellas. Teniendo en cuenta estas variables, nuestra reflexión es optimista y pragmática a la vez; ambiciosa, mas no ingenua; humanista, sin ser utópica; comprometida con un sistema de valores democráticos en que se acepta como piedra basal el pluralismo; y postula una coincidencia colectiva que no es sinónimo de totalitarismo.

Al momento de proponernos expresar nuestras ideas sobre el tema Integración y Comunicación de América Latina, pensamos que era bueno intentar una visión en cierto modo global. Ayudaban a nuestro intento unas certeras palabras de Will Durant, a propósito de los "esquemas": "Todo lo que quedaba era el especialista científico, quien conocía 'más y más acerca de menos y menos', y el especulador filosófico, quien conocía 'menos y menos acerca de más y más'. El especialista se puso anteojeras para reducir su visión del mundo a un solo y diminuto punto, al cual quedóse pegado. Se perdió toda noción de perspectiva. Los "hechos sustituyeron al entendimiento; y el conocimiento, dividido en mil fragmentos aislados, ya no generó la sabiduría. Cada ciencia y cada rama de la filosofía desarrolló una terminología técnica sólo inteligible para sus devotos adictos; a medida que los hombres ampliaban sus nociones del mundo, se sentían cada vez más incapaces de expresar a sus semejantes qué era lo que habían aprendido. El abismo entre la vida y el

conocimiento se agrandó sin cesar; aquellos que gobernaban no podían comprender a aquellos que pensaban y aquellos que querían conocer no podían entender a aquellos que sabían. La ignorancia popular floreció en medio de un saber sin precedentes, y de ella surgieron los que gobernaron a las grandes ciudades del mundo. En medio de ciencias sostenidas y entronizadas como nunca antes lo fueron, nacieron cada día nuevas religiones y arcanas supersticiones recapturaron el terreno que habían perdido. El hombre común se vio forzado a elegir entre un magisterio científico que desparramaba palabras de ininteligible pesimismo y un magisterio teológico que insinuaba increíbles enseñanzas. En esta situación, el deber profesional era claro. A él le tocaba mediar entre el especialista y la nación; aprender el lenguaje del especialista, con el fin de derribar las barreras que se levantaban entre el conocimiento y la necesidad...¹¹.

¿No tienen acaso estas palabras una extraordinaria vigencia?

¿Acaso no hemos confesado muchas veces que nuestra debilidad reside, paradójicamente, en nuestra propia fortaleza?

Por ello, nuestro enfoque reclama —sin perjuicio de todo lo importante que es la múltiple actividad integracionista y de cooperación que está en marcha, y que debe acentuarse cada día— una real filosofía de la integración latinoamericana, gancho de afianzamiento al futuro con el que hoy no contamos, a pesar de su imperiosa necesidad.

Hablamos de filosofía repitiendo el “Eutidemo” de Platón, cuando decía que la filosofía es el uso del saber para ventaja del hombre. Dicho de modo parecido a como lo expresaba aquel griego excepcional, de nada serviría la ciencia que nos hiciera inmortales si no supiéramos servirnos de la inmortalidad o de nada serviría la ciencia de convertir las piedras en oro si no supiéramos servirnos del oro. Por tanto, es necesario el hacer y el saber servirse de lo que se hace. Para el caso, y como hemos dicho que en este trabajo nos parece bueno definir las cosas al principio, hablamos de una filosofía de la integración en cuanto ella entraña un compromiso educativo y político en que el pen-

¹¹Will Durant: “Historia de la Filosofía”, cuarta edición, pág. 13. Joaquín Gil, editor. Buenos Aires, 1957.

samiento tiene como finalidad producir creencias y hábitos de acción*.

Surge, entonces, el interrogante obvio, ¿cómo podría llegar a vertebrarse una filosofía de la integración latinoamericana?

Creemos que ya hay grandes líneas trazadas, aunque dispersas en declaraciones de principios de los múltiples organismos creados en los últimos quince años. Para dar forma a una realidad ordenada, según el esquema que se propone, es preciso hacer una recopilación de tales documentos y someterlos a una "interpretación sintética", para convertirlos en contenidos educativos y políticos.

Ahora bien, esto implica una fase consiguiente, en la que deben superarse las visiones comercialistas y económicas; sin desconocer la gravitación fundamental que ambos aspectos tienen como puntos de partida y apoyo insustituibles. Implica, decimos, diversificar la participación de voluntades en las tareas de la integración y, sobre todo, ampliar los auditorios en los que se discuten las ideas integracionistas, para hacer conciencia masiva de esta empresa común latinoamericana. Es decir, hay que producir, como afirmábamos recién, creencias y hábitos de acción no sólo en una superestructura de especialistas, políticos y estadistas, sino en los profesionales, en el hombre común, a cuyo servicio están o deberían estar en último término todas las capacidades, por cuanto ese hombre común es el que constituye la abrumadora mayoría de nuestros pueblos.

Un Esfuerzo de Comunicación.

Como se ve, estamos refiriéndonos a un esfuerzo de comunicación en el más amplio sentido etimológico del término** en cuanto se trata de ampliar un campo común de referencias que enriquezca y haga posible la movilización de recursos humanos necesarios para hacer viable este proyecto histórico.

* Siendo así, cuando hablamos de filosofía nos referimos a interpretación sintética; por ciencia queremos significar descripción analítica; por educación, capacidad de transmitir valores susceptibles de transformarse en hechos de vida; y por política, el estudio y desarrollo de la organización social.

**El vocablo comunicación viene del latín communicationis y significa compartir, poner en común.

Si un determinado orden social surge y se mantiene en virtud de un flujo y reflujo constante de símbolos significantes, no escapará a nuestra comprensión la importancia que el asunto tiene en el contexto que definimos. Toda asimilación de un contenido comunicativo concebido como difusión en el cambio, pasa por cinco fases específicas:

- Las primeras noticias, etapa en la que el individuo que recibe un contenido comunicativo por primera vez, se entera de algo nuevo;
- El interés, en que el sujeto busca más datos, pregunta, discute;
- La evaluación, en que hace un balance y acepta, rechaza o duda acerca de la novedad;
- El ensayo, en que el individuo prueba y trata de encontrar ajustes personales a la situación; y
- La adopción, en que se cambia la conducta, incorporando lo nuevo.

Estructurar una filosofía de la integración, por tanto, demanda, en el orden práctico, acentuar la participación de sectores latinoamericanos que hoy apenas si tienen vagas nociones —primeras noticias— acerca del término*. Esta urgencia es todavía mayor si se tiene en cuenta el carácter de nuestras sociedades de masas, donde las tendencias al conocimiento superficial por exceso de motivaciones o por inercia intelectual dificultan la fijación de un conjunto de proposiciones capaces de identificarse por sí mismas y de movilizar voluntades que lo conciban como un asunto vital.

Por ello, para que una tal filosofía sea posible, hay que intensificar el flujo y reflujo de contenidos sobre la materia; incrementar la calidad y cantidad de deliberaciones en sectores de empresarios, líderes sindicales, gremiales, profesionales, juveniles, femeninos y otros. Es necesario que las universidades y los sistemas educativos regionales se incorporen, en cada país, a transmitir valores en términos de la integración y la cooperación. Los

* En el curso de una clase dictada a alumnos universitarios regulares del área de Ciencias Sociales, hemos planteado la pregunta ¿qué entiende por integración latinoamericana? Sólo el 3 por ciento respondió correctamente, un 20 por ciento contestó sobre la base de ideas vagas y el 77 por ciento restante no pudo responder. Además, ningún estudiante supo individualizar los movimientos integracionistas del continente.

medios de comunicación de masas tienen que participar deliberadamente en este proceso. Los organismos financieros, administrativos, culturales, científicos, etc., del sector público y privado a nivel nacional y regional, deben intercambiar experiencias y dar testimonio a su compromiso para tejer una urdimbre consistente y sólida que haga realidad aquel destino solidario al que ya nos hemos referido más de una vez. De esta manera, podrán condicionarse creencias colectivas y hábitos de acción.

Por lo demás, para creer en algo es previo que reconozcamos su validez. Ese algo, que equivale a la integración, es lo que hay que investigar, explicar y difundir verticalmente en el cuerpo social de los pueblos latinoamericanos, hasta convertirlo en objetivo válido para las masas. En cierto modo, y sin que nuestra afirmación tenga propósitos peyorativos, hay que superar el "elitismo" integracionista, única manera de darle sentido a una civilización masificada como la nuestra. Y esto no implica contrasentido con el término filosofía, porque estamos convencidos de que él debe entenderse en los lindes que hemos señalado y, en tal contexto, debe estar al alcance de todos.

Generaciones de Distancia.

Si se piensa en la distancia, a veces infinita que suele haber entre los dichos y los hechos, cabe hacerse una pregunta concreta: ¿Cuánto tiempo se estima que debe transcurrir para hacer realidad una filosofía de la integración en América Latina?

Creo que, contados los 17 años ya transcurridos desde que se creó la primera institución integracionista del continente, quedan todavía unas dos generaciones de distancia, aparte de la nuestra, durante las cuales ha de desplegarse un intenso esfuerzo organizativo.

En efecto, lo que nosotros y muchos otros latinoamericanos interesados en hacer realidad el destino solidario de nuestros pueblos estamos haciendo hoy, es construir una ideología sobre la integración, para su adecuado uso político por parte de la generación próxima. Ese es el desafío que antes enfrentó la gente de la CEPAL y que nosotros recogemos. Cuando la generación venidera asuma puestos de responsabilidad pública en sus respectivos países, creo que estará en condiciones de crear instituciones comunitarias más definidas. Pero éstas no operarán sino

hasta la generación siguiente, esto es, la cuarta, si contamos la nuestra como primera. Esto no significa que mientras tanto prevalecerá la integración cero. Habrá, a nuestro entender, como lo está habiendo hoy, un avance que se traducirá en aumento del intercambio de productos y experiencias, en la propagación de planteamientos sobre cooperación y en organismos e instituciones preparatorias del hecho sustantivo que es la integración integral.

En la actualidad, es preciso enriquecer las ideas —hacer ideología sobre integración. Esto implica ser alternativa a variadas formas de nacionalismo y totalitarismo egoístas, que llegan a tener vigencia en determinados países por diversas razones, la mayoría de los cuales son un reflejo de la falta de habilidad de los gobernantes.

Hay que capacitar líderes en todos los países para que, a través de su influencia en la opinión pública de sus respectivas naciones, creen estados de aceptación colectiva, como paso previo a la cristalización de iniciativas multinacionales.

Para los que no creen en una América Latina Unida, el fracaso de Simón Bolívar les resulta argumento definitivo. Pero no comprenden que la historia no ha hecho otra cosa que darle la razón al Libertador. Los incrédulos tienen por costumbre, también, tildar de teóricos e intelectuales a quienes promueven la reflexión sobre este tema. Esto ocurre porque no comprenden, tampoco, que la incapacidad para prever el futuro o la negación para ejercer esta acción prospectiva ha sido una de las causas principales de nuestro subdesarrollo. Por eso, plasmar hoy las ideas que han de materializarse mañana es no sólo un ejercicio válido —y pragmático incluso—, sino que una necesidad insoslayable para quienes asumen, en la medida de sus posibilidades, la responsabilidad existencial de ser puentes para el tránsito seguro del pasado al futuro.

No puede escapar a la consideración atenta de lo que venimos diciendo, el papel que corresponde en esta tarea a los comunicadores sociales y a todos quienes participan de un modo u otro en la elaboración y transmisión de mensajes que constituyen la comunicación social en América Latina.

PROCESO DE LA COMUNICACION SOCIAL PARA LA INTEGRACION DE AMERICA LATINA

Para hacer más expedita la comprensión de nuestro planteamiento, tenemos que partir de dos supuestos ya bastante conocidos en el campo de la Comunicación Social:

- 1º Que toda comunicación ocurre en un contexto organizado; y
- 2º Que los sistemas de conductas de un grupo social tienden a estabilizarse en un estado de cambio mínimo.

Estos dos hechos nos indican caminos para actuar en materia de comunicación e integración. En primer lugar, es preciso definir las estructuras —redes, si se prefiere— a través de las cuales vamos a hacer circular nuestros mensajes y por las que vamos a recibir retroalimentación. Para romper el statu quo de la tendencia al cambio mínimo, es necesario mantener un flujo constante —animador y crítico— y coherente de información sobre el proceso de integración.

Operatividad, Regulación, Mantenimiento y Desarrollo.

A través de las estructuras o redes debemos alimentar tres sistemas básicos de información:

- 1.— El sistema operacional, que se refiere al flujo de los mensajes para el trabajo cotidiano de los organismos de integración;
- 2.— El sistema regulatorio, que implica todos los mensajes destinados a fortalecer los objetivos, definir las tareas, fijar las reglas y formular las decisiones originadas en los organismos de integración; y
- 3.— El sistema de mantenimiento y desarrollo, en que se cifran mensajes en términos de situación y funcionamiento de los organismos especializados en cada país, para mejorar los sistemas operativos y regulatorios. En esta fase corresponde in-

vestigar y recoger los mensajes de retorno, sobre la base de los cuales hay que programar nuevas acciones para enriquecer el proceso.

El Proceso.

Se hace necesaria la creación de un Departamento de Comunicación Social e Integración, dependiente del organismo integracionista respectivo, el que a su vez dependería de cierto número de países miembros. Este departamento envía sus mensajes a la red de circulación que forman los organismos oficiales y privados de cada país, las entidades internacionales en general y los centros y medios de comunicación social del continente. Los mensajes que circulan por estos canales son operativos, regulatorios, de mantenimiento y desarrollo. La retroalimentación indispensable se produce como resultado de la investigación, planificación y evaluación que el Departamento debe practicar en forma permanente, además de las asesorías que debe prestar a las organizaciones de los diversos países miembros.

A nuestro juicio, el funcionamiento de este proceso puede abrir caminos para crear ese marco común de referencias integracionistas entre nuestros pueblos.

Los Departamentos de Comunicación Social e Integración sólo pueden funcionar, por ahora, en el marco de cada movimiento integracionista. En el futuro, cuando la unidad continental se exprese en una Comunidad Latinoamericana con sus respectivas instituciones comunitarias, habrá un organismo central de Comunicación Social para América Latina que tendrá, en lo sustancial, una estructura similar a la que se propone aquí.

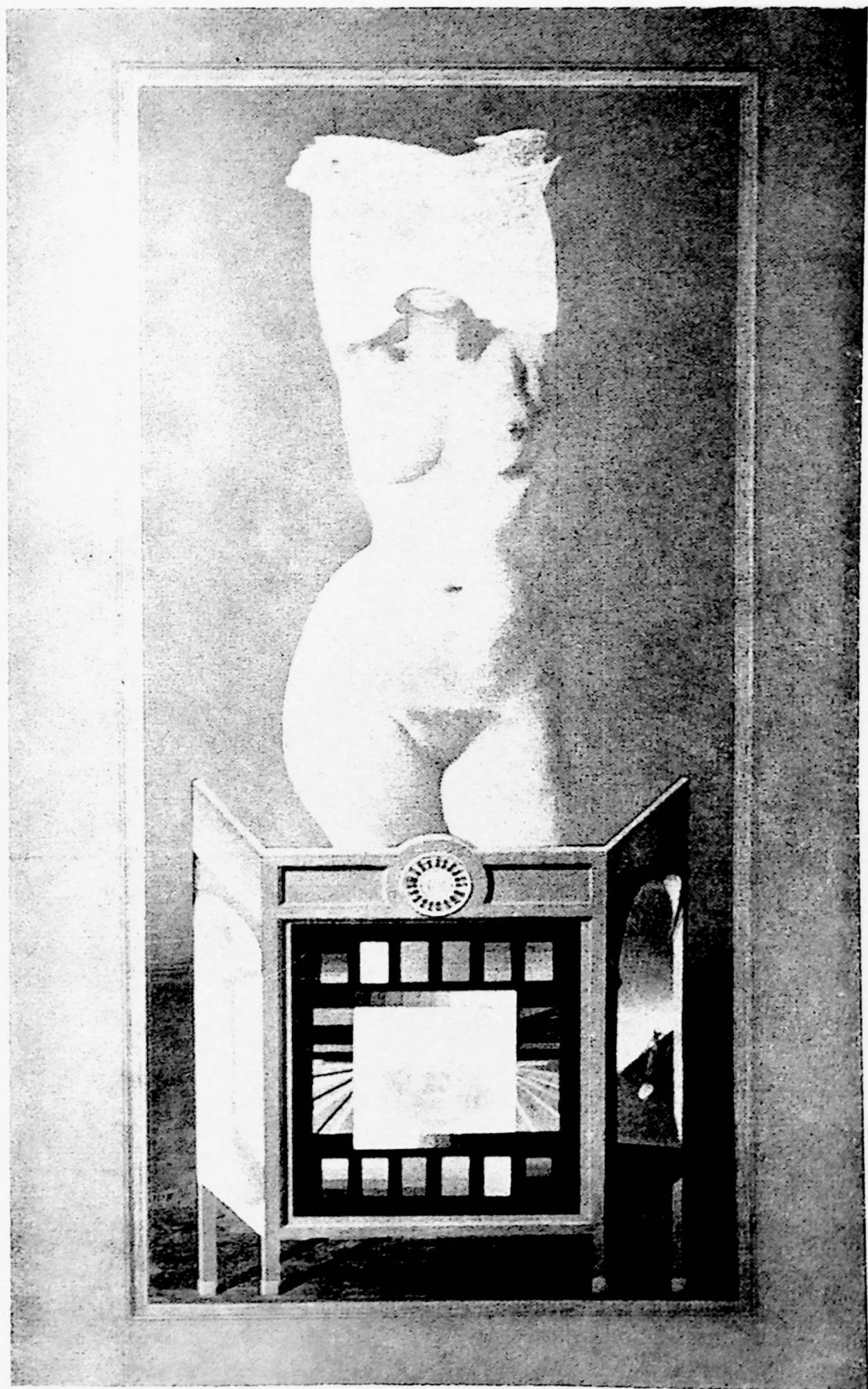
Creemos en ese futuro. Más que eso, tenemos fe en que será como lo visualizamos. Por lo mismo es que estamos aquí y ahora. Tratamos de abrir surcos para sembrar nuevas semillas de integración y amistad que cosecharán nuestros hijos. Ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos, heredarán el mundo que seamos capaces de construir; o recibirán como legado las frustraciones resultantes de la imposibilidad crónica de convertir en hechos de vida nuestras hermosas y legítimas aspiraciones.



Erich Brauer: "El fotógrafo".



Ernst Fuchs: "Grifo y Dragón".



Rudolf Hausner: "Adam Paravent", el más marcadamente surrealista de la Escuela Vienesa.



Anton Lehmden: inquietamente bucólico y retratista de paisajes abandonados.